

RESEÑAS

Ernesto de la Torre VILLAR: *La independencia de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992, 304 pp. ISBN 968-16-3882-4.

En la década de los noventa, estamos entrando a la proximidad de la época del bicentenario de la guerra de independencia mexicana. Aunque es un poco temprano para identificar un creciente interés entre historiadores y el público en general en el periodo 1810-1821, se puede decir que la marcha de los cambios está comenzando. Desde la realización de la independencia hasta el presente, la década de la guerra y la lucha de los líderes beneméritos como los curas Miguel Hidalgo y José María Morelos, habían sido una piedra de toque para identificar y explicar el nacimiento de la nación mexicana. Historiadores como Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora y ahora Ernesto de la Torre, buscaban las raíces de la nacionalidad y explicaban el papel de las revoluciones de independencia y su influencia en el siglo XIX. Hacia el fin del siglo, 1877-1882, Juan E. Hernández y Dávalos, y en 1910, para conmemorar el primer centenario, Genaro García, publicaron colecciones monumentales de documentos cardinales sobre el proceso de independencia. Con las obras de los historiadores sobresalientes y más tarde, con las fuentes primarias de la época de independencia, los mexicanos estudiaban y producían una interpretación heroica, épica y forjada en batallas monumentales. Ellos crearon un panteón blanco para las fuerzas de liberación e independencia, y otro negro para el partido de los

realistas, de quienes hicieron los representantes de crueldades, racismo, dependencia, reacción e "inigualdad". Cada estudiante de escuela puede recitar incidentes heroicos de la gran lucha y cada mexicano reconoce las figuras valientes de Hidalgo y Morelos que en todas partes del país están pintados en murales o esculpidas en basalto volcánico como un símbolo popular de los orígenes de la nación independiente.

En cualquier país, el problema con los mitos nacionales es que pueden oscurecer y volver definitiva una realidad exagerada o incluso parcialmente apócrifa. Después de todo, Hidalgo, Morelos y muchas figuras patrióticas de la rebelión no sobrevivieron los años posteriores a 1815. Con jefes como Vicente Guerrero, Guadalupe Victoria, el quijotesco Francisco Javier Mina, o la figura desagradable de Agustín de Iturbide, la década se hacía a la vez más interesante y más confusa. Y todo esto, sin estudiar cuidadosamente los líderes y partidos realistas que irónicamente se autodenominaban "la causa justa". Con el bicentenario, la madurez de la nación y una larga distancia de los sucesos, los historiadores de nuestra época buscan nuevas interpretaciones y publicarán diferentes selecciones de documentos para las obras conmemorativas del bicentenario.

El presente libro de Ernesto de la Torre Villar consiste en cinco capítulos interpretativos, una sección biográfica sobre los líderes, una cronología de la década de la guerra, una selección de documentos primarios y una bibliografía. El autor, un historiador distinguido con muchas publicaciones sobre el periodo de independencia mexicana, De la Torre comienza con un acercamiento amplio que diferencia el caso de México de las otras guerras de emancipación en las colonias españolas. En la Nueva España, la Ilustración inició reformas del pensamiento y administración que eventualmente impulsaron las fuerzas de rebelión y revolución. Sin embargo, los estratos más bajos de una sociedad desigual no disfrutaban los beneficios de la economía, la burocracia borbónica reformista, o el optimismo de los criollos. La rebelión e independencia de las 13 colonias angloamericanas, la Revolución francesa y la introducción de nuevas ideas liberales reformistas en México estimulaban nuevos cambios.

Con las guerras internacionales del siglo XVIII, comenzando con el temor de un ataque inglés en 1761, el gobierno imperial en Madrid autorizó la creación, en Nueva España, de un ejército regular y de milicias provinciales. Aunque De la Torre menciona que el ejército había crecido a 40 000 hombres enganchados

en 1808, sin embargo, carecían de conocimientos militares, educación, disciplina o armas efectivas. El ejército acantonado en Jalapa, en el mismo año, era una fuerza bastante diferente que la descripción de De la Torre, “. . . con espíritu de clase, lleno de privilegios y de fueros” [p. 83]. En realidad, la mayoría de los oficiales y soldados pensaban solamente en sus familias e intereses. Además, ellos expresaban “un terror pánico” cuando contemplaban el prospecto de servicio en el clima malsano de Veracruz. Aterrorizados con la epidemia de vómito negro, muchos desertaban y huían a sus provincias o vivían como vagabundos al margen de la sociedad. Es verdad, como explica De la Torre, que del ejército surgieron algunos de los jefes del movimiento insurgente, pero en realidad el núcleo del ejército regular y miliciano de la colonia, con la excepción de las unidades del Bajío, soportaban la causa realista y servían para prolongar el conflicto y evitar un golpe revolucionario de las fuerzas populares.

En su tratamiento de las campañas de los rebeldes de 1810-1811, el autor mantiene el foco tradicional en la desorganización de la horda desordenada que ocupó Celaya, Salamanca, Irapuato y Silao, antes de destruir a los defensores de la Alhóndiga de Guanajuato. Detrás de las batallas, en Valladolid, Guadalajara y en otros pueblos, Hidalgo y los líderes principales no tenían la capacidad para organizar el partido de la insurrección. En las batallas de Aculeo, Guanajuato, Puente de Calderón y en muchas escaramuzas grandes y pequeñas, las fuerzas realistas de Félix María Calleja —una combinación de las unidades del ejército viejo colonial y de hombres provincianos realistas— derrotaron totalmente a las fuerzas independentistas y tomaron como prisioneros a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Mariano Jiménez, Juan Aldama y otros líderes. Desde el punto de vista del autor, las ejecuciones de los dirigentes del movimiento impidieron la introducción de un programa revolucionario. La población de México tenía que esperar otros jefes y más años para ganar “. . . la libertad ansiada y el derecho a ser nación independiente” [p. 92].

Desafortunadamente, esta interpretación heroica y nacionalista no explica la complejidad de los movimientos que fragmentaron la vieja provincia de la Nueva España. Los términos patriota, realista, rebelde, bandido, cabecilla y otras expresiones negativas, oscurecen una guerra civil que comprendió y confundió varias causas, regiones y actitudes. En los 11 años de atroz combate, tendríamos que describir una guerra de insurgencia,

contrainsurgencia y movimientos guerrilleros basados en algunas regiones y ciudades. Con esta compleja fragmentación, zonas como la provincia de Veracruz, los llanos de Apan, el litoral del lago de Chapala y la Dirección del Sur (hoy estado de Guerrero) se convirtieron en focos casi permanentes de guerra. En su tratamiento de las campañas de José María Morelos, De la Torre Villar mantiene el ideal de sacrificio y de un conflicto desigual entre un ejército poderoso y bien armado de 40 000 soldados realistas de línea y 40 000 milicianos, contra fuerzas sin armas ni recursos que peleaban por la libertad y la independencia. La realidad era muy diferente. En una guerra de sitios, sorpresas y operaciones en terrenos muy ásperos de barrancas, montañas y florestas, y distante de las vías de comunicaciones y pertrechos, donde los realistas sufrieron un proceso gradual de debilitamiento. Sin tropas frescas expedicionarias de Europa para mantener la moral de los realistas, después de 1816 la guerra se volvió un empate sin solución hasta el compromiso de Agustín de Iturbide.

El autor sigue los procesos políticos y constitucionales del lado revolucionario, el impacto de los modelos estadounidenses y franceses y del liberalismo de la Constitución española de 1812. Sin embargo, después de la Constitución de Apatzingán, proclamada en 1814, en un pueblo pequeño y distante de las ciudades y centros intelectuales de México, como muchos historiadores, De la Torre encuentra un vacío que se extiende hasta 1817 y la llegada de la expedición de Francisco Javier Mina. Aunque el autor cita los documentos de Calleja en donde el jefe realista expresó sus frustraciones por la incapacidad de no poder exterminar a sus enemigos, estas opiniones representaban el fracaso gradual de un comandante que confrontaba una guerra popular interminable. A pesar del programa de indultos para los rebeldes y la política suave del virrey Francisco Javier de Apodaca, entre 1817 y 1820 el ejército realista carecía de la capacidad para mantener comunicaciones y en muchas provincias, el campo estuvo en manos de distintos cabecillas insurgentes. Al contrario de la opinión del autor, quien sostiene que la lucha en 1819 se redujo a las fuerzas de los jefes Vicente Guerrero y Pedro Ascencio, en realidad, la lucha se transformó en una multitud de bandas de guerrillas que constantemente renacían y se desarrollaban. Con la subdivisión de batallones y compañías en miles de guarniciones pequeñas, el ejército realista no tenía fuerzas operacionales para combatir cada amenaza.

Además, la población de las ciudades y de los territorios realistas no podían ya soportar el alto costo de la guerra en impuestos, préstamos forzosos, y la falta de mano de obra en los campos, minas e industrias. Con la reintroducción de la Constitución española en 1820, casi todas las comunidades de la Nueva España desmovilizaron sus milicias urbanas y rurales. Aun sin Iturbide y el Plan de Iguala, la guerra no podía continuar.

En este estudio, el autor identifica transformaciones socio-económicas en la Nueva España que distinguen este movimiento de otras guerras de emancipación en Hispanoamérica. Aunque se trata de una distinción importante, es una lástima que el autor desatienda las obras recientes de muchos investigadores importantes como Timothy Anna, Virginia Guedea, Brian Hamnett, Carlos Herrejón, Jaime Rodríguez, John Tutino, Eric Van Young y otros. Con más bibliografía, que incluyera las nuevas investigaciones de esta generación de historiadores del periodo de independencia mexicana, el libro de Ernesto de la Torre hubiera avanzado más allá de una interpretación tradicional. Después de 11 años de guerra civil y revolución social, en 1821 México ganó la independencia como un Estado fragmentado por satrapías regionales y jefes que lucraban del desorden. Con la destrucción acarreada por la guerra y una generación arrancada de sus ocupaciones y casas, la nación miraba hacia un futuro difícil. En su conclusión, De la Torre expresa esta realidad que la guerra había transformado la colonia y la sociedad novohispana desde sus raíces.

Christon I. ARCHER
The University of Calgary

Ricardo RENDÓN GARCINI: *El prosperato. El juego de equilibrios de un gobierno estatal (Tlaxcala de 1885 a 1911)*. México: Universidad Iberoamericana-Siglo Veintiuno Editores, 1993, 288 pp. ISBN 968-23-1891-2.

La primera parte del título de este libro, *El prosperato. El juego de equilibrios de un gobierno estatal*. . . , es un título para iniciados. La segunda parte no, ya que el autor tuvo el buen cuidado de ser preciso e indicar qué estado y qué periodo cubre su trabajo. Es un título para iniciados porque a muchos les resultará ajena esa denominación de prosperato, que a lo sumo remite a la de por-